

Era un espectáculo gracioso ver á Mr. Pickwick en el centro del grupo, empujado ya á un lado ya á otro; tirábanle de la nariz y de la barba, quitábanle los anteojos, y ruidosas carcajadas resonaban por todas partes; pero después fué más gracioso aún ver á Mr. Pickwick, cubiertos los ojos con un pañuelo de seda, chocando con las paredes, tropezando y precipitándose por todas partes, realizando en fin todos los misterios de la gallina ciega, hasta el momento en que atrapaba á uno; á su vez se ocupó en evitar la gallina ciega, y lo consiguió con una agilidad y una presteza, que excitaron los aplausos de todos.

Cuando se cansaron de jugar á la gallina ciega, se sentaron todos alrededor de una substanciosa cena.

—Esto, — dijo Mr. Pickwick, — me parece muy bien.

—Es nuestra costumbre invariable, — respondió mister Wardle; — todo el mundo, criados y trabajadores, se sientan en nuestra mesa la víspera de Navidad, como véis; aquí contamos viejas historias, hasta que suena la media noche anunciándonos la fiesta. Trundle, atizado el fuego.

Millares de chispas brillantes resplandecían en los aires, cuando los troncos ardientes fueron removidos y la llama espació en agradable calor, que penetró hasta los últimos rincones de la habitación é iluminó todos los rostros.

—Vamos, — dijo Wardle; — una canción, una canción de Navidad; yo cantaré una, si no hay otra mejor.

—¡Bravo! — exclamó Pickwick.

—Llenad los vasos, — continuó Wardle.

El viejo Wardle entonó con voz fuerte y franca una canción, que fué recibida con calurosos aplausos.

El fuego recibió nuevos troncos y el ponche circuló otra vez.

—¡Cómo nieva! — dijo uno de los criados en voz baja.

—¿Está nevando? — preguntó Wardle.

—Sí señor.

—¿Qué hay? — preguntó la vieja; — ¿ha pasado alguna cosa?

—Nada mamá; dice que está nevando.

—¡Ah! — dijo la vieja; — así nevaba hace muchos años... esperad que recuerde... justamente cinco años antes de la muerte de tu pobre padre. Era la noche de Navidad también, y me acuerdo que él nos contó la historia del viejo Gabriel Grub, á quien se llevaron los duendes.

—¿La historia de quién? — preguntó mister Pickwick.

—De un viejo sacristán que fué llevado por los duendes, según las buenas gentes de este país.

—No se puede dudar; ¿no habéis oído decir desde vuestra infancia que se lo llevaron los duendes, y aun lo dudáis?

—Bien, mamá, — dijo Mr. Wardle; — se lo llevaron, si os empeñáis; se lo llevaron los duendes, Pickwick; esa es toda la historia.

—No, no es esta toda la historia, — continuó Pickwick; — yo quiero saber cómo, cuándo y de qué manera se lo llevaron.

Mr. Wardle sonrió, viendo que todos estaban atentos: bebió á la salud de Mr. Pickwick, y empezó su cuento del modo siguiente:

CAPITULO XXIX

Historia del sacristán que se llevaron los duendes

En una antigua ciudad de este condado vivía hace mucho tiempo un tal Gabriel Grub, que desempeñaba las funciones de sacristán y sepulturero. Porque un hombre sea sacristán y esté rodeado constantemente de emblemas de muerte, no se crea que ha de ser moroso y melancólico. Los empresarios de pompas fúnebres son las personas más alegres del mundo; pero Gabriel Grub no era así; era una especie de viejo buho gruñón, áspero, sin agrado para nadie, á no ser para una botella que llevaba constantemente metida en el bolsillo. Cuando por casualidad los ojos cavernosos del sacristán distinguían un rostro feliz, su mirada tomaba al instante una expresión tal de odio, que no se le podía encontrar sin sentirse contrariado.

Una víspera de Navidad, un poco antes del crepúsculo, Gabriel puso su azada sobre su espalda, encendió su linterna, y se dirigió al cementerio. Había que concluir una fosa para el día siguiente, y sintiéndose un poco indispuerto, esperaba reanimarse un poco trabajando.

Mientras andaba por el estrecho callejón, Gabriel veía brillar al través de todas las ventanas un agradable fuego chispeante; oía las risas y los alegres gritos de los que estaban reunidos en torno al hogar; notaba los pre-

parativos culinarios que se hacían para el día siguiente. Todo aquello era hiel y absinto para el corazón de Gabriel, y cuando una cuadrilla de chicos, lanzándose fuera de una casa, corrían para unirse á otros tan traviosos como ellos, cantando todos los villancicos de Navidad, Gabriel estrechaba convulsivamente el mango de su azada, y riendo con sarcasmo, pensaba en el sarampión, en la fiebre escarlatina, en el croup y en otras muchas fuentes de consuelo.

En tal situación de espíritu, Gabriel continuaba su camino, respondiendo con un gruñido sordo al saludo de los vecinos que encontraba, hasta que al fin entró en la calle que conducía al cementerio.

Gabriel había esperado con impaciencia llegar al cementerio, porque era su sitio siempre lúgubre y fúnebre, al cual las gentes del país no llegaban nunca sino de día, cuando el sol brillaba; así es que se indignó ligeramente al oír la voz de un niño que cantaba un canto de Navidad, en aquella especie de santuario que llaman la calle de los Ataúdes. Como el sacristán andaba más cada vez, y al mismo tiempo se acercaba la voz, reconoció que era de un niño, que se apresuraba á reunirse con sus compañeros, y que ya por infundirse valor, ya para tomar mejor la marcha, cantaba con fuerza una vieja estrofa.

Gabriel esperó que el chico estuviera cerca de él, y llevándole á un rincón, le administró seis ó siete golpes con la linterna, solamente para enseñarle á medir el compás; el niño se fué con las manos en la cabeza, cantando en un tono muy diferente, y Gabriel, riendo con todo su corazón, entró en el cementerio y cerró la puerta tras sí.

Se quitó el vestido, puso en el suelo la linterna, bajó á la fosa comenzada, y trabajó vigorosamente durante una hora, pero la tierra estaba endurecida por la helada, y no era fácil romperla ni echarla fuera. Aunque había luna, era una luna muy nueva, y no alumbraba la fosa, que se encontraba á la sombra de la iglesia. En otra ocasión estos inconvenientes hubieran apesadumbrado á Gabriel; pero estaba tan satisfecho de haber interrumpido la serenata del chico, que no se inquietó mucho de lo poco que adelantaba.

Cuando concluyó su trabajo, examinó la fosa con sombría satisfacción, y recogiendo sus herramientas, se sentó sobre una tumba chata, que era su lugar de reposo favorito; sacó una botella de aguardiente, y dijo gruñendo:

— ¡Una fosa en Navidad! ¡vaya una fiesta! ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! — repitió una voz detrás de él.

Gabriel dejó caer el brazo que acercaba á sus labios la botella, y miró en derredor con inquietud, pero el silencio y la calma de las tumbas reinaban en el cementerio. A los pálidos rayos de la luna, el hielo argentaba las piedras sepulcrales y brillaba sobre los arcos de la vieja iglesia; ningún soplo de viento turbaba el reposo de aquella escena solemne; el sonido mismo parecía helado, tan fríos y tranquilos eran todos los objetos.

— Era el eco, — dijo Gabriel llevando de nuevo la botella á sus labios.

Una voz hueca articuló junto á él:

— No era el eco.

Gabriel se estremeció y se levantó; pero el estupor y el terror lo encadenaron á su asiento, cuando vió junto á sí un sér de una apariencia sobrenatural, y que venía evidentemente del otro mundo. Estaba sentado sobre una piedra y tenía sus largas piernas cruzadas de un modo fantástico é imponente; sus zapatos terminaban en largas puntas; un jubón estrechaba su delgado cuerpo; á su espalda colgaba una corta capa, cuyo cuello le servía como de resguardo contra el frío; llevaba en la cabeza un gorro puntiagudo, de grandes alas, adornado con una sola pluma, y aquel sombrero estaba tan cubierto de nieve, y el personaje tan bien sentado en la tumba, que parecía instalado allí desde docientos años; permanecía inmóvil, pero sacaba media tercia de lengua para burlarse de Gabriel, y reía con una sonrisa que sólo en los duendes puede verse.

— No era el eco, — dijo el duende.

Gabriel estaba paralizado.

— ¿Qué venís ha hacer aquí la víspera de Navidad?

— preguntó el duende severamente.

— Señor, he venido para cavar una fosa, — contestó Gabriel temblando.

— ¿Quién se pasea entre las tumbas en una noche como esta? — exclamó el duende en tono sepulcral.

— ¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! — respondieron en coro muchas voces agudas y salvajes que parecían llenar el cementerio.

Gabriel miró con terror en torno suyo, pero no vió nada.

— ¿Qué tenéis en esa botella preguntó el duende.

— Ginebra, señor, — contestó el sacristán, temblando más que nunca, porque había comprado aquel licor á unos contrabandistas, y pensaba que el personaje que tenía enfrente pertenecía tal vez á la aduana de los duendes.

— ¿Quién se atreve á beber Ginebra en un cementerio en una noche como esta? — dijo el duende solemnemente.

—¡Gabriel! Gabriel Grub! — exclamaron de nuevo las voces salvajes.

El duende rió maliciosamente, mirando al absorto sacristán; después, ahuecando la voz como un huracán, exclamó:

—¿Quién es aquí nuestra presa legítima?

El coro invisible respondió á esta pregunta, y el sacristán creyó oír la voz de una multitud de monaguillos, que mezclaban sus voces á los majestuosos acordes de la vieja abadía. Era una música sobrenatural, que parecía llevada por un dulce céfiro; pero la letra de aquel misterioso canto era siempre la misma, y repetían aún: ¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

El duende hendió su boca hasta las orejas, y dijo:

—¿Qué piensas de esto, Gabriel?

Gabriel respondió con un suspiro.

—¿Qué piensas de esto, Gabriel? — repitió el duende alzando negligentemente sus dos piernas á cada lado de la tumba y examinando las puntas de sus zapatos con tanta complacencia como si fueran un par de botas á la última moda.

—Pienso que es... que es... muy... curioso, señor, — respondió el sacristán medio muerto de miedo; — muy curioso y muy bonito; pero creo que debo seguir mi trabajo; si permitís.

—¿Qué trabajo? — preguntó el duende.

—Mi fosa, señor, la fosa que he principiado, — balbuceó el sacristán.

—¡Ah, vuestra fosa! ¿Quién piensa en abrir fosas, mientras los demás no piensan sino en divertirse?

Las voces misteriosas replicaron aún:

—¡Gabriel Grub, Gabriel Grub!

—Temo que mis amigos no puedan separarse de vos, Gabriel, — dijo el duende sacando una enorme lengua.

—No lo creo, señor; ellos no me conocen; creo que esos ilustres señores no me han visto nunca.

—¡Oh! sí; todos conocemos al hombre sombrío de mirada siniestra, que atravesaba la calle esta tarde, poniendo mala cara á los niños y empuñando fuertemente la azada de sepulturero; conocemos al hombre envidioso y maligno, que ha róto la cabeza á un chico porque era feliz y él no podía serlo; ¡le conocemos, le conocemos!

Aquí el duende lanzó una segunda carcajada, y después, echando al aire las piernas, se plantó patas arriba, apoyando la cabeza en la piedra tumular; después, haciendo una pirueta con increíble agilidad, se plantó á los pies del sacristán, en la actitud favorita de las odaliscas.

—Temo... temo que me es forzoso dejaros, — dijo el sacristán haciendo un esfuerzo para moverse.

—¡Dejarnos! — exclamó el duende;—¡Gabriel Grub, dejarnos!

Mientras el duende reía vió una luz que iluminaba las ventanas de la vieja iglesia; un momento después esta luz se extinguió, los órganos modularon una serena armonía, y muchas bandadas de duendes semejantes al primero cayeron sobre el cementerio y empezaron á saltar sobre todas las piedras de las tumbas con una destreza maravillosa, y sin detenerse ni un momento para tomar aliento.

Al fin, el interés de aquel baile fué más grande; el órgano tocaba con más viveza; los duendes saltaban más, retorciéndose, volteando, rodando, haciendo mil cabriolas por encima de las tumbas; Gabriel sentía un vértigo al ver el torbellino de los duendes pasando ante sus ojos; cuando de repente, el rey de los duendes se precipitó sobre el pobre sacristán, y cogiéndole por el cuello, se sumergió con él en las entrañas de la tierra.

Cuando Gabriel pudo respirar, después de un rápido descenso, se encontró en una vasta caverna rodeada por todas partes de una multitud de duendes horribles; en medio de aquel recinto y sobre un trono elevado, estaba fantásticamente sentado su amigo el del cementerio, y Gabriel Grub estaba sentado junto á él, pero incapaz de hacer ningún movimiento.

—Hace frío esta noche, — dijo el rey de los duendes; —dadnos algo caliente.

Una media docena de los duendes oficiales, que Gabriel reconoció por cortesanos, desaparecieron con precipitación y volvieron poco después con un vaso de fuego líquido, que presentaron al rey.

—¡Ah! — dijo el duende, cuya garganta se puso transparente durante el tránsito del líquido; — esto calienta un poco; dad un vaso á Mr. Grub.

El desgraciado sacristán protestó en vano que él no tomaba nada caliente de noche; uno de los cortesanos lo mantuvo por la nariz y la barba, mientras otro derramaba en su boca el ardiente líquido, y toda la reunión empezó á reír, mientras el desdichado sacristán se limpiaba con el pañuelo el arroyo de lágrimas ocasionado por aquella ardiente bebida.

—Ahora, — dijo el rey fantástico, metiendo la punta de su sombrero en el ojo del sacristán, para causarle un nuevo sufrimiento, — mostrad al hombre atribiliario y misántropo algunas pinturas de nuestro museo.

Cuando el duende dijo esto, una nube espesa que obscurecía uno de los rincones de la caverna, se disipó gradualmente y dejó ver aparentemente á una gran distancia una habitación pequeña y mal amueblada, donde reinaba, sin embargo, un orden y una limpieza admira-

bles; junto al fuego se veía un sillón vacío, mientras sobre la mesa estaba arreglada una frugal comida; una joven madre, rodeada de sus hijos, iba de tiempo en tiempo á la ventana para ver si venía el que esperaba; oyóse un golpe en la puerta: la madre fué á abrir y los niños llenos de alegría batieron palmas cuando el padre llegó. Estaba mojado y fatigado, sacudió la nieve de sus vestidos, y los niños se apresuraron á rodearle para llevar uno su sombrero, el otro su capa, el uno su bastón, el otro sus guantes. En seguida el padre se sentó para cenar junto al fuego; los niños subieron á sus rodillas, la madre se sentó junto á él; la paz y la dicha brillaban en su rostro.

Pero el cuadro cambió de una manera casi imperceptible; la escena representó una pequeña alcoba, donde el más joven y el más bello de los niños yacía sobre su lecho de muerte; las rosas de sus mejillas estaban marchitas, la luz de sus ojos extinguida, y mientras el sacristán lo contemplaba con un interés que nunca había sentido, el pobre niño dió el último suspiro; sus jóvenes hermanos y hermanas rodearon la cuna y le estrecharon las manos; pero estaban frías y rígidas; retrocedieron y miraron con terror religioso su rostro infantil; porque aunque la expresión del semblante era serena, aunque el bello niño parecía dormir en paz, sus hermanitos conocían que la muerte estaba allí, y sabían que el niño era ya un ángel del cielo, desde donde lo contemplaba y los bendecía.

Una ligera nube pasó de nuevo sobre la pintura, y el asunto cambió. El padre y la madre eran ya viejos y débiles, y el número de los que les rodeaban había disminuido más de la mitad; sin embargo, la paz y el regocijo reinaba en todos los rostros; la familia estaba reunida en torno del fuego, y los padres contaban y los hijos oían con delicia historias de los antiguos tiempos y de los días pasados. Dulce y tranquilamente bajó á la tumba el anciano padre, y poco después, la que había participado de todas sus penas, le siguió á la mansión del eterno reposo. Los hijos que le sobrevivieron, se arrojaron y lloraron sobre el césped del cementerio; después se levantaron y alejaron tristemente, pero sin gritos amargos, sin lamentos desesperados, porque estaban seguros de volverlos á ver algún día en el reino celeste. Tomaron parte de nuevo en las escenas activas del mundo, y la tranquilidad y el contento volvieron á habitar con ellos.

La nube descendió entonces sobre el cuadro, ocultándolo á los ojos del sacristán.

—¿Qué pensáis de esto? — preguntó el duende á Gabriel, volviendo hacia él su ancha cara.

Gabriel dijo balbuceando que aquello era un espectáculo muy divertido; pero estaba avergonzado, porque el duende fijaba en él sus feroces ojos.

—¡Miserable egoísta! — exclamó en tono de desprecio; — ¡miserable egoísta!

Parecía dispuesto á añadir alguna cosa, pero la indignación le impedía pronunciarla; levantó una de sus flexibles piernas, y agitándola por encima de su cabeza como para tomar mejor la puntería, asestó un fuerte puntapie en las espaldas de Gabriel; en seguida los demás duendes siguieron el ejemplo de su señor.

—Mostradle alguna cosa más, — dijo en seguida el rey de los duendes.

A estas palabras la nube se disipó como la primera vez, y dejó ver un rico y bello paisaje, semejante al que se descubre aún hoy junto á la abadía. El sol resplandecía en el azul del firmamento, el agua reflejaba sus rayos, y los árboles aparecían más verdes y las flores más hermosas; las ondas corrían con agradable murmullo; los pájaros cantaban en la enramada; era la mañana, la mañana embalsamada y resplandeciente de un bello día de verano.

Gabriel no parecía afectado por el espectáculo de tanta magnificencia.

—¡Miserable egoísta! — repitió el rey con tono de desprecio.

Y acto continuo agitó la pierna y aplicó á Gabriel un segundo puntapie sobre las espaldas.

Los cortesanos hicieron otro tanto.

Muchas veces se oscureció y se disipó la nube, y una serie de cuadros dió á Gabriel lecciones, que él consideraba con interés cada vez más vivo, aunque sus espaldas estaban ya muy doloridas por la aplicación repetida de los puntapies de los duendes; vió que los hombres que trabajan penosamente y ganan con el sudor de su rostro una módica subsistencia, son, sin embargo, alegres y felices: supo que aún los más ignorantes hallan un origen fecundo de delicias y tranquilidad en el dulce aspecto de la Naturaleza. En todo vió que los hombres que se afigen por el bien de los demás, son semejantes á las malas hierbas de que está infectada la superficie de la tierra: por fin, comparando el bien y el mal que allí vió, pudo deducir que el mundo, después de todo, es una especie de mundo muy honrado y muy respetable.

Pensando Gabriel estas cosas, descendió la nube y pareció pasar sobre sus ojos, sumergiendo sus sentidos en el sueño: uno tras otro desaparecieron los duendes, y cuando el último se desvaneció, Gabriel Grub cayó en un profundo sueño.

Estaba avanzado el día cuando el sacristán despertó. Se encontró tendido en el cementerio; su botella, enteramente vacía, estaba á su lado, y su vestido, su azada, su linterna, todo blanqueado por la helada, estaban esparcidos por la tierra.

Gabriel empezó á dudar de la realidad de su aventura, pero los dolores agudos que sentía en las espalda, cuando quiso levantarse, le aseguraron que los puntapiés recibidos no eran imaginarios; dudó de nuevo no viendo huellas de pasos sobre la nieve donde habían saltado los duendes; pero pronto se explicó esta circunstancia, recordando que los duendes no pueden dejar tras sí ninguna impresión visible.

Gabriel se enderezó lo mejor que pudo, y sacudiendo la nieve de su vestido, se dirigió al pueblo.

Pero su espíritu había cambiado enteramente, y no podía soportar el pensamiento de volver á donde su arrepentimiento sería puesto en duda, si no ridiculizado: vaciló durante algún tiempo, después se dirigió al campo, con intención de ir á ganar su pan á un nuevo país, cualquiera que fuese.

Se encontró aquel día en el cementerio la linterna, la azada y la botella del sacristán. Hiciéronse al principio muchas suposiciones sobre su destino; pero se decidió pronto que se lo habían llevado los duendes: hubo testigos muy verídicos que declararon haberle visto arbatado por los aires, sobre un caballo negro, el cual era tuerto, tenía cola de oso y ancas de león. Por mucho tiempo esto fué creído á pie juntillas, y el nuevo sacristán mostraba á los curiosos, por una propina, un trozo considerable de la aguja de cobre del campanario, rota por una patada de aquel caballo en su carrera aérea, y recogida por el susodicho sacristán en el cementerio, un año ó dos después del acontecimiento.

Desgraciadamente la veracidad de este relato está justificada por la reaparición inesperada de Gabriel Grub, que volvió diez años después, viejo, pobre y enfermo, pero contento. Contó sus aventuras al cura y al alcalde, de modo que pasaron al dominio de la historia, donde han estado hasta hoy; solamente los que habían creído en la rotura de la aguja, viéndose engañados, no quisieron creer nada; tomaron un ademán malicioso, alzaron los ojos y murmuraron de Gabriel Grub, diciendo que había bebido mucha Ginebra y se había dormido sobre la tumba. En cuanto á sus observaciones en la caverna de los duendes, es lo cierto que vió el mundo y aprendió en él. Esta opinión, sin embargo, no fué popular.

Cualquiera que sea la versión verdadera, es lo cierto que Gabriel Grub fué afectado de reumatismo hasta

el fin de sus días, y por tanto la historia tiene su moralidad: y es que un hombre atrabiliario, que bebe sólo la noche de Navidad, puede estar seguro de que le hará daño, aunque su aguardiente sea tan bueno como el del rey de los duendes.

CAPITULO XXX

De cómo los pickwickianos trabaron relaciones con dos amables jóvenes, pertenecientes á una profesión liberal. De cómo jugaron sobre el hielo. Y cómo terminó la visita.

—Sam, ¿todavía está helando? — dijo Mr. Pickwick á su criado, cuando éste entró en su habitación la mañana de Navidad, para llevarle agua caliente.

—El agua de la tinaja tiene una capa de hielo, señor.

—¿Qué estación!

—Buen tiempo para los que están bien vestidos, señor.

—Bajaré dentro de un cuarto de hora, — dijo mister Pickwick, desatando las cintas de su gorro de dormir.

—Abajo encontraréis un par de bisturios.

—¿Un par de qué? — exclamó mister Pickwick, incorporándose en su lecho.

—Un par de bisturios, señor.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo? ¿no comprendéis que son dos cirujanos?

—¡Oh, cirujanos!

—Justamente; pero estos no son sino cirujanos en agraz; son solamente aprendices.

—En otros términos: ¿son, por lo que dices, estudiantes de medicina?

Sam hizo un signo afirmativo.

—Me alegro, — dijo Mr. Pickwick, quitándose enérgicamente el gorro; — son jóvenes amables, cuyo juicio está maduro por el hábito de observar y reflexionar, cuyo gusto está depurado por el estudio y por la lectu-